

El Lucusse se ha dividido en dos y la chana es en chana sino río también. Al centro continúa el tiroteo pero es casi enteramente de este lado sobre el grupo acorralado contra el agua. Uno se lanza a la corriente y apenas alcanza a dos brazadas. El resto, amarrados, se resguarda cuando ya la candela del campamento se levanta por encima de las copas de los árboles.

Oneira llega del recodo donde confluye un río con el otro, diciendo que algunos lograron pasar por la espesura. Le quita el cargador a su AK4 y hace saltar el proyectil de la recámara.

—Si no nos hubiésemos detenido los habríamos cogido a todos —dice.

Veloso está sentado en el suelo escudriñando con los binoculares el lado opuesto del Lucusse que corta la pica por donde se ha avanzado.

—Esa es una posibilidad —dice—; la otra es que nos hubieran emboscado el cañón si se quedaba atrás.

Oneira mira también la orilla opuesta: —Habérlo dejado con algunos hombres.

—¿Para atacar con cuántos después? —pregunta Veloso—. ¿Y para cruzar este río cómo?

Porque todos comprenden que el enemigo ha sabido posicionarse bien. En la confluencia de los dos ríos, en la Y que forma un caudal con el otro, el campamento verdadero situado seguro del lado de allá de la intersección, oculto en el

monte entre las planicies cenagosas de la derecha y la izquierda, con todo el bosque firme detrás que llega hasta la frontera a cientos de kilómetros de aquí, con un punto avanzado a guisa de descubierta del lado de acá, para que se tropiece con él en caso de asalto, tal como acaba de suceder.

Oneira abre el mapa y consulta la brújula. —Debemos haber caminado como 25 kilómetros —dice. Kiluanje se acerca con las manos en los bolsillos traseros.

—Están allá, del otro lado, y son bastantes.

—¿Por dónde avanza el golpe principal? —pregunta Oneira.

—A encontrarse con nosotros sobre el camino de Cangamba —dice Veloso inclinado sobre el mapa en el suelo.

Emplazan el cañón en tiro directo apuntando sobre la ribera opuesta. —Cuando tú quieras —dice Veloso al jefe de exploración—. No hay que decirle que se la va a jugar. El enemigo puede esperar a que entren en el agua, que no se sabe qué profundidad puede tener, para limpiarlos sin que el resto de la tropa pueda hacer algo.

El de Mayari se acerca a la orilla y reconoce al fango que cede hasta mitad de la pierna; después camina hacia la derecha hasta encontrar un paso algo más rocoso.